

Joseph
Campbell



LOS MITOS

Su impacto en el mundo actual

K_{airós}

Joseph Campbell

Los mitos

Su impacto en el mundo actual

Traducción del inglés de Miguel Portillo

editorial **K**airós

Título original: MYTHS TO LIVE BY

Collected Works of Joseph Campbell / Robert Walter, Executive Editor / David Kudler, Managing Editor

© 2011, Joseph Campbell Foundation (jcf.org)

© de la edición en castellano:

2014 by Editorial Kairós, S.A.

www.editorialkairos.com

Traducción del inglés: Miguel Portillo

Composición: Pablo Barrio

Diseño cubierta: Katrien Van Steen

Foto cubierta: Brihadeeswarar Hindu Temple in Thanjavur; Tamil Nadu, India
by Jaya Kumar

Primera edición en papel: Noviembre 2014

Primera edición en digital: Abril 2021

ISBN papel: 978-84-9988-402-8

ISBN epub: 978-84-9988-894-1

ISBN kindle: 978-84-9988-895-8

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

Sumario

Prefacio de Johnson E. Fairchild

Introducción

1. Impacto de la ciencia en el mito
2. Aparición de la humanidad
3. Importancia de los ritos
4. Separación entre Oriente y Occidente
5. Confrontación entre Oriente y Occidente en religión
6. La inspiración del arte oriental
7. Zen
8. Mitología del amor
9. Mitologías de guerra y paz
10. Esquizofrenia: el viaje interior
11. El paseo lunar: el viaje exterior
12. Conclusión: no más horizontes

Notas

Apéndice: Sobre la Fundación Joseph Campbell

Prefacio

La activa mente de Peter Cooper (1791-1883) -radical, inventor, financiero, político y el primer feminista de Nueva York- concibió, entre otras cosas, la Cooper Union for the Advancement of Science and Art. Cooper se sentía molesto por carecer de formación académica y por el hecho de saber que en su tiempo el conocimiento y la educación eran únicamente patrimonio de los ricos y los hombres. Él cambió ambos conceptos, probablemente estimulado por el movimiento Chautauqua y por los hechos de otros filántropos. Su primera y mayor contribución fue la idea de la creación del Forum y de la educación de los adultos, que dio lugar al establecimiento de la primera escuela de educación para adultos de su país.

Desde el día en que Abraham Lincoln dio la primera conferencia hasta el presente, más de cinco mil conferenciantes y artistas han aparecido sobre la tarima del Great Hall, y sus ideas han alcanzado gran difusión entre el público, con un promedio de más de mil personas por noche, tres noches por semana. En la actualidad -gracias sobre todo al entusiasmo de Seymour Siegel y a la ayuda de Bernard Buck-, las charlas son retransmitidas a

través de la emisora de radio municipal de Nueva York (WNYC), para que lleguen a otros tantos de miles de personas. Se trata de la serie de conferencias radiofónicas más larga de la historia. A la Cooper Union hay que agradecerle que nunca haya interferido en la labor del director de programación de la conferencias del Forum, al que se confió la solitaria y laboriosa tarea intelectual de representar al pasado y mirar hacia el futuro.

Una de las cosas que tuve en mente durante mis veinte años en la Cooper Union fue que cada uno de los más de mil conferenciantes que invité fuese amigo mío, al igual que cada una de las personas que formaron parte tanto de la audiencia visible como de la radiofónica. Resulta difícil seleccionar a un único colaborador, pero Joseph Campbell, el autor del presente libro, cuenta con las dotes comunicadoras e intelectuales requeridas por el Forum. Nunca utiliza notas, tiene don de palabra y es brillante; por encima de todo, transmite ideas que constituyen un puente entre el pasado y el futuro, entre Oriente y Occidente. Ha dado grandes conferencias en el Forum, que siempre han constituido una alegría y un placer. La obra presente, desarrollada a partir de dichas charlas, es una sinopsis de toda una vida dedicada al estudio y de los mejores principios del Cooper Union Forum. Me siento orgulloso de formar parte de este trascendental libro.

JOHNSON E. FAIRCHILD

Nueva York

15 de octubre de 1971

Introducción

De un total de alrededor de veinticinco conferencias sobre mitología, realizadas en el Great Hall del Cooper Union Forum, en Nueva York, entre 1958 y 1971, he seleccionado una docena; el capítulo 4 es el resultado de dos conferencias dadas en el mismo año. Los temas y títulos se los debo a la fértil mente del doctor Johnson E. Fairchild, presidente del Forum, cuya inteligencia y sabiduría, así como su encanto personal, son los responsables de que esta entusiasta institución haya realizado su labor durante un cuarto de siglo. Mi satisfacción en dar conferencias en ese ámbito se debe en gran parte al estilo antiguo y lleno de *grandeur* del propio Great Hall y al conocimiento de que en una ocasión Abraham Lincoln habló desde el mismo escenario, lo que me hace experimentar un cierto y secreto sentimiento de participación en la gran corriente de la elocuencia norteamericana; pero también se debe a la atención sin ambages demostrada por las audiencias que el doctor Fairchild ha conseguido atraer a la numerosa serie de conferencias y discusiones que han tenido lugar en dicho marco. Las horas dedicadas a preguntas que seguían a las conferencias, cuando Fairchild recorría los pasillos

micrófono en mano, dejando que cualquiera que levantase la mano tuviese la oportunidad de expresar un comentario espontáneo o preparado, también hizo que disfrutase más que nunca de hablar con gente de buena voluntad sobre temas que me interesaban, en los términos apropiados. Espero que incluso el formalismo de la prosa en que está escrito este libro se impregne de la frescura y la confianza que experimenté al dar estas charlas.

Me siento muy satisfecho de que el doctor Fairchild haya accedido amablemente a prologar este volumen, al igual que hizo cuando me presentó ante el auditorio en cada una de las conferencias; la última de ellas, el 1 de marzo de 1971, tuvo lugar la noche antes de que se retirase como presidente del Forum y como director del Departamento de Educación para Adultos de la Cooper Union. Creo que la presente colección puede ser una muestra adecuada que exprese mi deuda de gratitud hacia él por sus ánimos, la cálida amistad y sus sugerencias en cuanto a temas y títulos, que me condujo a llevar mis dioses-búfalo, Quetzalcoatl, Budas y hadas a iluminarse mutuamente a través del diálogo con los miles de miembros de las audiencias -muchos de ellos se han mantenido fieles a lo largo de los años-, que en definitiva han sido la inspiración para estas conferencias. Mi agradecimiento para todos ellos y para su presidente.

También me gustaría dar las gracias a los técnicos y directivos de la emisora de radio WNYC por las grabaciones a partir de las que he preparado los capítulos

incluidos; a Marcia Sherman por mecanografiar en varias ocasiones los numerosos borradores, tanto de los presentes capítulos como de los que no han sido incluidos; así como a mi esposa, Jean Erdman, por la idea, en primer lugar, de convertir estas charlas en capítulos de un libro, y por sus comentarios y sugerencias que hicieron realidad este volumen.

J. C.

Nueva York

4 de julio de 1971

1. Impacto de la ciencia en el mito

El otro día estaba sentado al mostrador de una cafetería a la que suelo acudir, cuando llegó un jovencito de unos doce años, con su cartera de ir al colegio, y se sentó a mi izquierda. Junto a él llegó otro chiquillo, más pequeño, que iba de la mano de su madre, y que tomaron asiento a continuación. Todos ellos realizaron sus pedidos y, mientras aguardaban, el chico que había a mi lado volvió la cabeza hacia su madre para decir:

-Jimmy hizo hoy un trabajo sobre la evolución del hombre, y el profesor le ha dicho que estaba equivocado, que nuestros primeros padres fueron Adán y Eva.

«¡Dios mío! -pensé-, ¡qué profesor!»

La mujer, sentada a tres sillas de distancia, dijo:

-Bueno, el profesor tenía razón. Nuestro primeros padres *fueron* Adán y Eva.

¡Qué madre para un chico del siglo xx!

El jovencito respondió:

-Sí, ya lo sé, pero se trataba de un trabajo *científico*.

Por esa respuesta me gustaría recomendarle para una medalla de trabajos distinguidos del Instituto Smithsonian.

No obstante, la madre volvió a la carga:

-¡Ah, esos científicos! -dijo con enfado-. Eso solo son teorías.

El chico también replicó.

-Sí, ya lo sé -fue su respuesta fría y tranquila-, pero ellos se limitan a los hechos, encontraron los huesos.

Llegaron los bocadillos y la leche y ahí se acabó todo.

Reflexionemos durante un instante en la santificada imagen cósmica que ha sido destruida por los hechos y los hallazgos de este tipo de irrefrenables jóvenes buscadores de la verdad.

En plena Edad Media, digamos entre los siglos XII y XIII, eran corrientes dos conceptos muy diferentes sobre la Tierra. El más popular era que era plana como un plato y que estaba rodeada y flotando en un mar cósmico sin límites, lleno de todo tipo de monstruos peligrosos para el hombre. Se trataba de una noción infinitamente vieja, que se remontaba a la Edad de Bronce, y que aparecía en textos cuneiformes sumerios del 2000 a.C., siendo la imagen autorizada en la Biblia.

No obstante, el concepto medieval más seriamente considerado era el de los antiguos griegos, de acuerdo con los cuales la Tierra no era plana, sino una esfera sólida estacionada en el centro de una especie de caja china de siete esferas transparentes, en cada una de las cuales se

hallaba un planeta: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, los siete a partir de los que reciben nombre los días de la semana. Los sonidos de estos siete configuraban una música, la «música de las esferas», a la que corresponde nuestra escala diatónica. También existía un metal asociado con cada uno: plata, mercurio, cobre, oro, hierro, estaño y plomo, en ese orden. El alma que descendía desde el cielo para nacer en la Tierra adquiría, al llegar abajo, las cualidades de dichos metales, por lo que nuestros cuerpos y almas están compuestos de todos los elementos del universo y cantan, por así decirlo, la misma canción.

De acuerdo con esta visión, tanto la música como las artes iban a permitirnos sintonizar con estas armonías, de las cuales nos distraían los pensamientos y demás asuntos de esta tierra. En la Edad Media, las siete ramas del conocimiento estaban asociadas a estas esferas: gramática, lógica y retórica (conocidas como *trivium*), aritmética, música, geometría y astronomía (el *quadrivium*). Por su parte, las esferas cristalinas no eran -como el cristal- de materia inerte, sino que estaban compuestas de poderes espirituales vivos, presididos por seres angélicos, o, como dijo Platón, por sirenas. Más allá de todo lo anterior, se hallaba ese luminoso reino celestial en donde Dios se sentaba con toda majestad sobre su trono; así que al llegar la muerte, el alma regresaba a su creador, pasando de nuevo a través de las siete esferas, y cada una de ellas iba dejando la cualidad correspondiente para llegar al juicio

totalmente desnuda. Se suponía que en la tierra gobernaban el emperador y el Papa de acuerdo con las leyes y voluntad de Dios, representando su poder y autoridad en la comunidad cristiana. Así pues, en la visión global de los pensadores medievales existía un perfecto acuerdo entre la estructura del universo, los cánones por los que se regía el orden social y el bien individual. A través de una incuestionable obediencia, el cristiano se ponía en sintonía no solo con su sociedad, sino también con sus mejores intereses internos y con el orden externo de la naturaleza. El Imperio cristiano era un reflejo terrenal del orden celestial, organizado jerárquicamente, con las vestiduras, tronos y procedimientos de sus cortes inspirados en la imagen celestial, conformando las campanas de sus catedrales y las armonías de los coros un eco de tonos terrenales, reflejo de los angélicos.

En la *Divina comedia*, Dante desarrolló una visión del universo que satisfizo perfectamente tanto las nociones religiosas como científicas de su tiempo. Cuando Satán fue expulsado del cielo a causa de su orgullo y desobediencia, se supone que cayó como un cometa incendiado y que, cuando colisionó con la Tierra, lo hizo justamente por el centro. El prodigioso cráter que abrió se convirtió en el inflamado pozo del infierno; la gran masa de tierra desplazada por el choque apareció en el polo opuesto, y se convirtió en la Montaña del Purgatorio, que Dante representó exactamente en el Polo Sur. En su visión, todo el hemisferio sur estaba formado por agua, con esa montaña

sobresaliendo y en cuya cima se hallaba el Paraíso Terrenal, de cuyo centro manaban los cuatro ríos de los que hablan las Sagradas Escrituras.

Parece ser que cuando Colón navegó a través de ese «océano azul» que muchos de sus vecinos (y posiblemente también su tripulación) creían un océano terminal que rodeaba una desagradable tierra, él mismo tenía en mente una imagen del mundo muy parecida a la de Dante, tal y como podemos leer en sus diarios. Por ellos sabemos que en el transcurso de su tercer viaje, cuando por primera vez alcanzó la costa septentrional de Sudamérica –pasando por una situación apurada en su frágil embarcación mientras navegaba entre Trinidad y el continente–, subraya la enorme cantidad de agua potable (proveniente de la desembocadura del Orinoco) que allí se mezclaba con salada. Desconociéndolo todo del continente que había más allá, pero con la idea medieval en su cabeza, llegó a la conclusión de que el agua dulce provenía de uno de los ríos del Paraíso y que iba a parar al mar meridional desde la base de la gran montaña de las antípodas. Por otra parte, cuando cambió de rumbo, dirigiéndose al norte y observó que sus barcos navegaban con mayor rapidez que al hacerlo en dirección sur, tomó este hecho como evidencia de que navegaba montaña abajo desde el pie del promontorio de la mítica montaña paradisíaca.

Me gusta pensar en 1492 como el año que marca el final –o al menos el principio del fin– de la autoridad de los viejos sistemas mitológicos en los que se habían apoyado e

inspirado las vidas de los hombres desde tiempo inmemorial. Poco después del viaje de Colón, que hizo época, Magallanes circunnavegaba el globo. Algo antes, Vasco da Gama había llegado a la India navegando alrededor de África. La Tierra empezaba a ser explorada sistemáticamente y las viejas, simbólicas y mitológicas geografías quedaban desacreditadas. En un intento de demostrar que en algún sitio de la Tierra existía un Jardín del Paraíso, santo Tomás de Aquino escribió, tan solo dos siglos y medio antes del viaje de Colón: «La situación del Paraíso está fuera del alcance del mundo habitado, separado por mares o montañas, o por alguna tórrida región, que no pueden ser atravesadas; por ello los topógrafos no lo mencionan». Cincuenta años después del primer viaje, Copérnico publicó sus estudios sobre el universo heliocéntrico (1543); y unos setenta años después de este, el pequeño telescopio de Galileo confirmó de forma tangible la visión copernicana. En 1616, Galileo fue condenado por la Inquisición -al igual que el chico que se sentaba a mi lado en la cafetería lo fue por su madre- por sostener y enseñar una doctrina contraria a las Sagradas Escrituras. En la actualidad, contamos con telescopios mucho más grandes situados en las cimas de, por ejemplo, el Monte Wilson en California, Monte Palomar en el mismo estado, Kitt Peak en Arizona y Haleakala, en Hawái; y no solo el Sol se halla bien establecido en el centro de nuestro sistema planetario, sino que sabemos que no se trata más que de uno de los aproximadamente 200. 000 millones de

soles existentes en una galaxia de abrasadoras esferas; una galaxia moldeada como una lente prodigiosa, de muchos cientos de quintillones de diámetro. Y no solo eso, sino que nuestros telescopios muestran en la actualidad que entre todos esos brillantes soles existen otros puntos de luz que no son soles, sino galaxias enteras, cada una de ellas tan enorme e inconcebible como la nuestra, y de las que ya han sido vistas varios miles. Así pues, en la actualidad, la oportunidad de sentir respeto ante las maravillas del universo que los científicos ponen a nuestro alcance constituye, con toda probabilidad, una revelación mucho más maravillosa y alucinante que cualquier otra que se pudiera imaginar en un mundo precientífico. El cuadro que nos presenta la Biblia resulta, en comparación, un juego para niños; aunque ya ni siquiera para ellos a juzgar por las palabras del joven escolar que se sentaba junto a mí, quien con su «Sí, ya lo sé, pero se trataba de un trabajo científico» ya había encontrado una manera de rescatar su aprendizaje de la tambaleante arquitectura medieval de la Iglesia de su madre.

Pero no solo se han hecho añicos todas las viejas y míticas nociones sobre la naturaleza del cosmos, también aquellas sobre los orígenes y la historia de la humanidad. Ya en tiempos de Sheakespeare, cuando sir Walter Raleigh llegó a América y vio los nuevos y desconocidos animales del otro lado, entendió como marino experimentado que a Noé le habría sido absolutamente imposible embarcar ejemplares de cada especie que habitaba la Tierra en

ningún arca, por muy grande que fuera. La leyenda del Diluvio que aparece en la Biblia era incierta, se trataba de una historia que no podía demostrarse «limitándose a los hechos». Actualmente (para empeorar las cosas) datamos las primeras apariciones de criaturas humanas sobre la tierra a un millón de años antes de la bíblica creación del mundo por Dios. Las grandes cuevas paleolíticas de Europa son de alrededor del 30.000 a.C.; los principios de la agricultura del 10.000 a.C., y los primeros pueblos datan del 7000 a.C. De Caín, el mayor de los hijos de Adán, el primer hombre, se dice en Génesis 4, 2 y 4, 17 que fue «labrador» y el constructor de una ciudad conocida como Enoch, en la tierra de Nod, al este del Edén. La «teoría» bíblica vuelve a aparecer como falsa, ya que «han encontrado los huesos».

También se han encontrado los edificios, que tampoco corroboran las Escrituras. Por ejemplo, el período de la historia egipcia en que tuvo lugar el Éxodo –durante el reinado de Ramsés II (1301-1234 a.C.), o tal vez de Merneptah (1234-1220), o bien de Seti II (1220-1200)– está ricamente representado en restos arquitectónicos y jeroglíficos, si bien no aparecen por ninguna parte referencias de algo parecido a las famosas plagas bíblicas, ni nada comparable. Y lo que es más, tal y como explican otras fuentes, beduinos hebreos, los habirus, ya invadían Canaán durante el reinado de Ikhanatón (1377-1358), un siglo antes del reinado de Ramsés.

El resultado de todo ello es que los textos hebreos de los cuales se derivan todas esas populares leyendas judías sobre la Creación, el Éxodo, los cuarenta años en el desierto y la conquista de Canaán no fueron compuestos por «Dios», ni siquiera por alguien llamado Moisés, sino que datan de fechas y autores varios, mucho más tardíos de lo que se suponía. Los cinco primeros libros del Antiguo Testamento (Torá) fueron reunidos poco después del período de Ezra (siglo IV a.C.) y los documentos en los que se basa datan de entre el siglo IX a.C. y el II a.C., más o menos. Se puede observar, por ejemplo, que existen dos relatos sobre el Diluvio. Por el primero sabemos que Noé recogió «dos seres vivos de cada especie» en el Arca (Génesis 6, 19-20; texto post-Ezra), y por el segundo, «siete pares de todos los animales limpios, el macho y su compañera, y una pareja de los animales no limpios» (Génesis 7, 2-3; texto de alrededor del 800 a.C.). También pueden encontrarse dos historias sobre la Creación, la más antigua de ellas en Génesis 2, la otra en Génesis 1. En 2, un jardín había sido plantado y un hombre creado a fin de cuidarlo; a continuación son creados los animales, y finalmente (como en un sueño) la Madre Eva es creada de una costilla de Adán. Por otra parte, en Génesis 1, Dios, solitario en las aguas cósmicas, dice: «Que se haga la luz», etc., y, paso a paso, se crea el universo: primero la luz; el sol tres días después; a continuación, los vegetales, los animales y finalmente la humanidad, varón y hembra juntos. El Génesis es de alrededor del siglo IV a.C. (el

período de Aristóteles), y el 2, del IX u VIII (en los tiempos de Hesíodo).

Estudios culturales comparativos han demostrado sin lugar a dudas que similares historias míticas pueden encontrarse en todos los rincones de la tierra. Cuando Cortés y los católicos españoles llegaron al México azteca, reconocieron de inmediato en la religión local numerosos paralelismos con su Verdadera Fe que les resultó difícil explicar. Encontraron altos templos piramidales que representaban, paso a paso, al igual que la Montaña del Purgatorio de Dante, los grados de elevación del espíritu. Existían trece cielos, cada uno de ellos con sus apropiados dioses o ángeles; nueve infiernos o inframundos de almas sufrientes. Por encima de todo ello existía un Dios supremo, fuera del alcance del pensamiento y la imaginación humanos. También existía un Salvador encarnado, asociado con una serpiente, nacido de una virgen, que había muerto y renacido, uno de cuyos símbolos era la cruz. A fin de encontrar una explicación a todo ello, los misioneros se inventaron dos mitos. El primero era que santo Tomás, el apóstol de las Indias, probablemente había llegado a América y predicado la palabra de Dios; pero como esas tierras se hallaban tan alejadas de la influencia de Roma, la doctrina se había deteriorado, y por ello lo que veían a su alrededor no era sino una degeneración de su propia revelación. La segunda explicación era que el demonio había llegado hasta allí para deliberadamente extender parodias sobre la fe cristiana a fin de frustrar la misión.

Los modernos estudios que sistemáticamente han comparado los mitos y ritos de la humanidad han encontrado por todas partes leyendas sobre vírgenes que han concebido héroes que murieron y renacieron. En la India abundan dichas historias y sus altos templos, parecidos a los aztecas, representan de nuevo la tantas veces encontrada historia de la montaña cósmica, con el Paraíso en la cima y horribles infiernos por debajo. Budistas y jainistas comparten ideas similares. Mirando hacia el pasado precristiano, descubrimos en Egipto la mitología del asesinado y renacido Osiris; Tammuz en Mesopotamia; Adonis en Siria, y Dionisos en Grecia. Todos ellos han proporcionado modelos a los primeros cristianos para sus representaciones de Cristo.

Actualmente, los pueblos que conforman todas las grandes civilizaciones se inclinan por interpretar literalmente sus propias figuras simbólicas, y a observarse a sí mismos como favorecidos de alguna manera, en contacto directo con el absoluto. Incluso los politeístas griegos y romanos, hindúes y chinos, que eran capaces de contemplar benévolamente los dioses y costumbres de otros, se ven a sí mismos como superiores; y entre los monoteístas judíos, cristianos y musulmanes, los dioses de los otros son vistos no como dioses, sino como demonios, y sus fieles como impíos. La Meca, Roma, Jerusalén y (en menor medida) Benarés y Pekín han sido, durante siglos y cada una a su manera, el ombligo del universo,

directamente conectadas –en línea directa– con el Reino de la Luz o con Dios.

No obstante, en la actualidad nada de todo ello puede ser tomado en serio por nadie, por muy básica que sea su educación. En ello reside un serio peligro. No se trata únicamente de que las multitudes siempre hayan interpretado sus propios símbolos de forma literal, sino que esta lectura literal de las formas simbólicas ha sido desde siempre –y de hecho todavía lo es– el soporte de sus civilizaciones, de sus órdenes morales, de su cohesión, vitalidad y poder creativo. Con la pérdida de ellos aparece la incertidumbre, y con esta incertidumbre el desequilibrio, ya que la vida, como Nietzsche e Ibsen sabían, requiere de ilusiones que la sostengan; donde estas han desaparecido no hay nada seguro a lo que asirse, no existe ley moral ni nada firme. Hemos visto lo que ha sucedido, por ejemplo, con las comunidades primitivas desequilibradas por la civilización del hombre blanco. Al desacreditar sus viejos tabúes se han venido abajo, se han desintegrado y convertido en caldo de cultivo del vicio y la enfermedad.

Actualmente nos ocurre lo mismo a nosotros. Con nuestros viejos tabúes fundamentados en la mitología desestabilizados por nuestra propia ciencia moderna, en todo el mundo civilizado puede observarse una rápida y creciente incidencia del vicio y el crimen, de los trastornos mentales, suicidios, adicciones a las drogas, hogares destrozados, niños insolentes, violencia, asesinatos y desesperación. Son hechos, no me los invento. Todo ello da

pie a las llamadas de los predicadores al arrepentimiento, la conversión y el regreso a la vieja religión. También representan un desafío para el educador moderno con respeto por su propia fe y lealtad fundamental. ¿Va el profesor concienciado -preocupado tanto por el carácter moral como por el aprendizaje de sus estudiantes- a ser leal en primer lugar a los mitos que sostiene nuestra civilización o a los hechos «demostrados» de la ciencia? ¿Están ambos conceptos contrapuestos? ¿O bien existen algunos puntos de conocimiento más allá de los conflictos entre ilusión y verdad a través de los que las vidas puedan volver a unificarse?

Diría que esta es una pregunta fundamental a la hora de educar a los niños. En realidad, ese es el problema que se sentaba junto a mí en la cafetería. En ese caso, tanto el profesor como la madre se encontraban en el lado de una ilusión ya desfasada; y por lo general -o al menos a mí me da la impresión-, la mayoría de los guardianes de la sociedad manifiestan una tendencia en ese sentido, afirmando su autoridad no hacia sino en contra de la búsqueda de inquietantes verdades. Esa tendencia se ha manifestado últimamente entre científicos sociales y antropólogos a propósito de la raza. Puede entenderse rápidamente, e incluso compartir en alguna medida, su propia ansiedad, ya que el mundo vive sobre mentiras, y aquellos que pueden enfrentarse al reto de la verdad y edificar sus vidas de acuerdo con ella no son muchos después de todo, sino los menos.

Creo sinceramente que la mejor respuesta a este crítico problema deberá llegar desde los hallazgos de la psicología, y específicamente de aquellos descubrimientos que tengan que ver con la fuente de la naturaleza y el mito. Ya que los órdenes morales de las sociedades siempre han estado fundamentados en los mitos, en los canonizados como la religión, y ya que el impacto de la ciencia sobre los mitos ha resultado -aparentemente sin poder evitarlo- en el desequilibrio moral, debemos preguntarnos si no es posible llegar *científicamente* a un entendimiento de la naturaleza de los mitos como base de la vida, de manera que, al criticar sus rasgos arcaicos, no desfiguremos y descalifiquemos su necesidad.

Como ya he dicho, tradicionalmente, en las ortodoxias de las creencias populares, tanto los seres míticos como los hechos son generalmente vistos y enseñados como hechos reales, sobre todo en el judaísmo y el cristianismo. *Hubo* un Éxodo de Egipto; *hubo* una resurrección de Cristo. No obstante, históricamente estos hechos se ponen ahora en cuestión y, en consecuencia, también se cuestionan los órdenes morales que sustentan.

Cuando estas historias son interpretadas, no como narraciones de hechos históricos, sino como meros episodios imaginados y proyectados sobre la historia, y cuando son reconocidos como análogos a otras proyecciones que han tenido lugar en otros sitios, en China, India y Yucatán, el significado resulta obvio; es decir, en lugar de considerarlos falsos y rechazarlos como relatos de

historia física, esas universalmente apreciadas figuras de la imaginación mítica deben representar hechos de la mente: «hechos de la mente manifiestos en un tema de ficción», tal y como mi amigo, el desaparecido maya Deren, expresó en una ocasión el misterio. Y así como debe ser, desde luego, labor del historiador, arqueólogo y prehistoriador el mostrar que, como hechos, los mitos no son verdaderos – que no existe pueblo escogido de Dios en este mundo multirracial, que no hay una verdad revelada ante la cual inclinarse, ni una y única verdadera Iglesia–; la del psicólogo será, cada vez con mayor urgencia, la tarea de comparar las mitologías, no solo para identificar, analizar e interpretar los simbólicos «hechos de la mente», sino para desarrollar técnicas que los mantengan sanos y, mientras las viejas tradicionales del pasado se disuelven, asistir a la humanidad en el conocimiento y el aprecio de nuestro propio interior, así como del exterior mundano.

Entre los psicólogos ha tenido lugar un considerable cambio de actitud acerca de esta materia a lo largo del último siglo, más o menos. Al leer *La rama dorada* de sir James G. Frazer, cuya primera edición apareció en 1890, estamos ante un típico autor novecentista, que creía que las supersticiones de la mitología serían finalmente refutadas por la ciencia y dejadas atrás para siempre. Frazer vio la base del mito en la magia, y la base de la magia en la psicología. Su psicología, no obstante, era esencialmente de tipo racional, insuficientemente atenta a las profundas e irracionales impulsiones de nuestra

naturaleza, por lo que asumió que una costumbre o creencia desaparecería cuando se demuestra irrazonable. Puede comprobarse cuán equivocado estaba con solo mirar a cualquier profesor de filosofía jugando en una bolera y observar cómo se da la vuelta nada más lanzar la bola hacia los bolos. La explicación de Frazer sobre la magia decía que, como las cosas se asocian en la mente, se piensan que están verdaderamente asociadas. Mueva un cascabel que suene como si lloviese y la lluvia caerá. Celebre un ritual de relaciones sexuales y la fertilidad de la naturaleza se adelantará. Se puede hacer una imagen que guarde cierto parecido con un enemigo, a la que se da el nombre del enemigo, puede ser perforada con agujas, etc., y el enemigo morirá. También pueden ser tratados de la misma forma y con el mismo resultado una pieza de su vestuario, un mechón de cabello, un cortaúñas o cualquier otro elemento que hubiera estado en contacto con esta persona. La primera ley de la magia de Frazer es, pues, «algo parecido produce algo parecido»; un efecto se parece a su causa; y la segunda, «cosas que han estado en contacto continúan actuando una sobre otra a distancia una vez interrumpido el contacto». Frazer pensaba en la magia y la religión como dirigidas final y esencialmente hacia el control de la naturaleza externa; la magia de manera mecánica, mediante actos de imitación, y la religión orando y mediante sacrificios destinados a los poderes personificados que se suponen controlan las fuerzas naturales. Parece no tener en cuenta su relevancia e

importancia en la vida interior, por lo que confiaba en que con el progreso y el desarrollo de la ciencia y la tecnología, tanto la magia como la religión desaparecerían, en última instancia, y que los fines a los que se pensaba que servían, lo serían mucho mejor y de manera más segura a través de la ciencia.

A la vez que aparecían los volúmenes de Frazer, en París lo hacía una serie de no menos importantes publicaciones del distinguido neurólogo Jean Martin Charcot, que trataban sobre histeria, afasia, estados hipnóticos y cosas por el estilo, que también intentaban demostrar la relevancia de estos hallazgos en la iconografía y el arte. Sigmund Freud pasó un año con este maestro en 1885 y durante el primer cuarto del presente siglo profundizó en el estudio de la histeria, de los sueños y los mitos. Los mitos, de acuerdo con el punto de vista de Freud, son sueños de orden psicológico. Los mitos, por así decirlo, son sueños públicos; los sueños son mitos privados. En su opinión, ambos son sintomáticos de represiones de incestuosos deseos infantiles; la única diferencia esencial entre la religión y la neurosis es que la primera es más pública. La persona con una neurosis se siente avergonzada, sola y aislada en su dolencia, mientras que los dioses son proyecciones generales sobre una pantalla universal. También son manifestaciones de miedos compulsivos e inconscientes y de desilusiones. Además, todas las artes, y particularmente las artes religiosas, son, según Freud, igualmente patológicas; lo mismo que las filosofías. La

misma civilización es, de hecho, un sustituto patológico de decepciones infantiles inconscientes. Por ello, Freud, al igual que Frazer, juzgó negativamente los mundos del mito, la magia y la religión, como errores que debían ser refutados, sobrepasados y sustituidos finalmente por la ciencia.

Carl G. Jung representa una forma de aproximación diferente, ya que, según su punto de vista, las imagerías de la mitología y la religión sirven a finalidades vitales de manera positiva. De acuerdo con su pensamiento, *todos* los órganos de nuestros cuerpos -no solo los sexuales y de agresión- tienen su propósito y motivos, algunos estando sujetos a control consciente, mientras que otros no. Nuestra conciencia orientada hacia lo externo y que se dedica a las demandas diarias podría perder contacto con las fuerzas interiores; los mitos, afirma Jung, cuando son correctamente leídos, son los medios que nos devuelven este contacto. En lenguaje de imágenes nos hablan de poderes de la psique, a fin de poder reconocerlos e integrarlos en nuestras vidas, se trata de poderes que son comunes al espíritu humano desde siempre, y que representan la sabiduría de la especie a través de la cual el hombre ha sobrevivido a los milenios. Por ello no han sido, y nunca podrán ser, desplazados por los descubrimientos de la ciencia, que tiene que ver más con el mundo externo que con las profundidades en las que penetramos al dormir. Mediante un diálogo con estas fuerzas internas a través de nuestros sueños y del estudio de los mitos, podemos

aprender a conocer y entender el más grande horizonte de nuestro más profundo y sabio ser interior. De la misma manera, la sociedad que protege y mantiene vivos sus mitos estará alimentada por los más profundos y ricos estratos del espíritu humano.

Sin embargo, también existe un peligro; es el de ser arrastrado por los propios sueños y mitos heredados, lejos del mundo de moderna conciencia, y permanecer anclado en modelos de sentimientos arcaicos y pensamiento inapropiado para la vida contemporánea. Se requiere un diálogo, tal y como afirma Jung, y no un inmovilismo de cada extremo; un diálogo a través de formas simbólicas que arranquen de la mente inconsciente y que sean reconocidas por el consciente, en continua interacción.

¿Qué sucede entonces con los niños de una sociedad que rechaza esta interrelación de desarrollo y que se aferra a su sueño heredado como a una verdad absoluta, rechazando las novedades de conciencia, razón, ciencia y hechos nuevos? Existe una conocida historia que puede servir como advertencia.

Como saben todos los escolares, los principios de lo que denominamos ciencia deben ser atribuidos a los griegos, y gran parte del conocimiento que reunieron fue comunicado a Asia, a la India a través de Persia, llegando incluso a China. Pero cada uno de esos mundos orientales ya poseía un estilo propio de pensamiento mitológico, y por ello el pensamiento objetivo, realista, inquisitivo y las actitudes y métodos experimentales de los griegos no fueron

asimilados. Solo hay que comparar la ciencia de la Biblia, por ejemplo -una escritura oriental, reunida sobre todo siguiendo el rechazo macabeo de la influencia griega-, con la de, digamos, Aristóteles, por no mencionar a Aristarco (275 a.C.), para quienes la Tierra ya era una esfera en órbita alrededor del Sol. Eratóstenes (250 a.C.) ya había calculado correctamente la circunferencia de la Tierra, cifrándola en 250.000 estadios (24.662 millas; el ecuador mide exactamente 24.902). Hiparco (240 a.C.) había calculado casi exactamente tanto el diámetro de la Luna como la distancia que la separaba de la Tierra. Y ahora trate de imaginar cuanta sangre, sudor y lágrimas -gente quemada por herejía y todo lo demás- podrían haberse ahorrado si Justiniano, en lugar de cerrar todas las escuelas paganas griegas en 529 d.C., las hubiera apoyado. En lugar de ello, nosotros y nuestra civilización han heredado el Génesis 1 y 2, junto con un retraso de cerca de mil años en la maduración de la ciencia y de nosotros mismos y de la civilización mundial.

Una de las historias más interesantes de lo que sucede cuando se rechaza a la ciencia puede apreciarse en el islam, que en principio recibió, aceptó e incluso desarrolló el legado clásico. Durante cinco o seis siglos, en el seno del islam se dio un impresionante desarrollo del pensamiento, experimentación e investigación científica, sobre todo en medicina. Pero, entonces, hete aquí que la autoridad de la comunidad general, la Sunna -de la que el profeta Mahoma afirmó que siempre tendría razón- se desplomó. La palabra

de Dios revelada en el Corán era la única fuente y vehículo de la verdad. El pensamiento científico conducía a la «pérdida de la creencia en el origen del mundo y en el Creador». Y así fue como, justo cuando la luz del conocimiento griego empezaba a penetrar en Europa de manos del islam –a partir del 1100, aproximadamente–, la ciencia y la medicina islámica sufrió una paralización y murió; y con ello también el islam. La antorcha de la ciencia y de la historia pasaron al Occidente cristiano. A partir de entonces podemos seguir el maravilloso desarrollo en detalle, desde principios del siglo XII en adelante, a través de la historia de mentes audaces y brillantes, sin parangón en sus descubrimientos a lo largo de la historia de la humanidad. La magnitud de nuestra deuda para con esas pocas mentes no puede ser completamente apreciada por quien nunca haya puesto el pie en alguna de las tierras más allá de las fronteras del hechizo europeo. En los denominados «países en vías de desarrollo», toda la actual transformación social es el resultado, al igual que lo ha sido durante siglos, de invasiones y sus consecuencias. Cada pequeño grupo está anclado en su largamente establecida y petrificada mitología propia, y los cambios solo han ocurrido como consecuencia de colisiones; como cuando los guerreros del islam llegaron a la India y durante un tiempo se dio el inevitable intercambio de ideas; o cuando aparecieron los británicos y provocaron otras innovaciones inesperadas. Por otra parte, en nuestro moderno mundo occidental, y